

EL REGRESO DE LOS GRANDES SAURIOS

PEDRO LUIS BARCIA (*)

Una desconocida anticipación de la *dinosauriomanía* contemporánea, previa a la literatura y el cine que la han hecho moda, fue la silenciada invasión de dinosaurios en el Buenos Aires de 1907.

En nuestro días, desde hace aproximadamente una década, hemos sido testigos de la difusión de las figuras de animales antediluvianos –que la jerga periodística sigue alterando en *anti*, postulando a las pobres bestias como enemigos declarados del diluvio universal– en todos los planos de la realidad. Los avances se dieron, primero, en el campo de los dibujos animados y en los *comics*; luego pasaron del cine y la revista, a la TV, medio impresivo como pocos sobre el imaginario popular. Vinieron después los juguetes, las golosinas con formas de animales o los comestibles y portátiles huevos de dinosaurio, de diversos colores. Prosiguieron los tatuajes borrables, sobre envoltorios de los caramelos, y así parecidamente. El proceso invasivo no se ha detenido, el campo de la bibliografía infantil y juvenil también ganó su terreno y hoy día, el caudal bibliográfico referido a la fauna arcaica

irrumpe como un dinosaurio en una cristalería, para adecuar el dicho popular que habla de elefantes. Ediciones ilustradas a todo color, con figuras detalladas y comparadas en sus proporciones y características, para los mayorcitos, y libros que al abrirse muestran alzándose de sus dos alas una bestia mayor. Este último aspecto, el bibliográfico, sin lugar a dudas, ha sido el más positivo, por lo que de difusión y motivación de intereses ha provocado en los muchachos. Tal vez, los mismos que acuden en camadas sucesivas y año tras año al exitoso programa *Vacaciones con los dinosaurios*, con el que ha contribuido inteligentemente el Museo de La Plata.

Se trata de una extraña mutación: lo que antes fuera presentado como lo terrible (*eso* significa *deinós* en griego), la Bestia, It, el Monstruo, la Cosa y otras formas innominables, desfilan ahora, sobre ruedas: un

diplodoco de plástico en el extremo de un piolín tirado por un niño. Se ha ido generando una *dinosaurimoda*, que para muchos se ha convertido en *dinosauriomanía* ya desbordada.

En el plano del lenguaje también se verifica tal avance. Hoy se llama *dinosaurio*, en el campo de la empresa, a los mayores prestigiosos –sesentones o setentones– que mantienen el poder en sus manos. Los *yuppies* en ascenso chocan con sus proyectos emprendedores en la dura piel coriácea de la negativa conservadora de los ancianos. Igual denominación se usa en el terreno de la política, donde se aplica la forma descalificatoria a los líderes de ayer que hoy perduran en la escena, sin abandonar la arena partidaria y no dejan el espacio suficiente a las nuevas promociones que pujan por hacerse sitio en el escenario. Y, como ha ocurrido con casi todas las calificaciones despectivas aplicadas a grupos

humanos, el insulto que *dinosaurio* conlleva como de retrógrado e inactual, va a ser adoptado por los afrentados, con desafiante autodenominación orgullosa.

Para mayor consolidación de la invasión *dinosáurica*, la literatura y el cine le han abierto camino. Sin lugar a dudas, fue la literatura de ayer, no la contemporánea, la base del regreso. Si se considera atentamente, se advertirá que en lo literario, recurrentemente, aparecen novelas y cuentos que desentierran y desempolvan estos saurios y los galvanizan en sus páginas. El lapso que va, por ejemplo, desde *El mundo perdido* (*The Lost World*, 1912) del médico escocés Sir Arthur Conan Doyle –que, como dice su traductor platense Arturo Costa Álvarez, “*trocó la lanceta por la pluma*”– hasta el best seller *Parque Jurásico* (*Jurassic Park*) de Michael Crichton, está piloteado por textos que no dejan caer en la desmemoria la fauna antediluviana. Con ánimo de ejemplificación y sin voluntad de exhaustividad, podríamos recordar a algún escritor rioplatense, como es el caso de Horacio Quiroga, autor de una interesante bilogía cuentística: *El sueño* y *La realidad*, incluida en su libro *El salvaje* (1920), cuyo título asocia los dos relatos. *El sueño*, primera parte, se llamó en su primera versión *El dinosaurio*, cuando apareció en 1919 en la revista ilustrada *Plus Ultra*, que era la hermana aristocrática de la popular *Caras y Caretas*. El relato recoge la historia narrada por un solitario refugiado en el Guayrá, con la voluntad de “*una regresión total a una vida real y precisa*”. Parte de ese efecto involutivo es el encuentro con “*Un dinosaurio... un nothosaurio carnívoro. Pero yo no fui hacia su horizonte* –comenta el protagonista–: *él bajó hasta nuestra edad*”. Sin embargo, se autoengaña: él también regresa

en el tiempo y ya no es un misántropo del siglo XX sino un hombre primitivo que, al verse obligado a luchar por su subsistencia, mata al gigantesco animal. No es indiferente la comparación de las dos versiones de la primera parte de *El salvaje*, *El dinosaurio* y *El sueño*, pues en la primera versión el hombre reflexiona y dice: “*un día u otro iba a vivir realmente lo que había soñado*”, lo que abre la posibilidad a que el sueño fuera anticipatorio, dadas las condiciones primitivas de vida en que estaba sumido en la selva. En tanto, en la segunda versión leemos: “*aquel mismo hombre había vivido realmente, hacía millones de años, lo que ahora había sido un sueño*”. Se trata, esta vez, de la memoria milenaria rescatada en el plano onírico: el contacto con el dinosaurio lo tuvo realmente.

Hacia nuestros días, se ha escrito el cuento más corto de los compuestos en el mundo, desde los hititas. Su autor es el guatemalteco Augusto Monterroso, y se llama precisamente *El dinosaurio* (1959). Consta de siete palabras, y usted, lector, puede releerlo –los lectores ya lo han leído todo– en el recuadro.

*Cuando despertó,
el dinosaurio todavía
estaba allí.*

Augusto Monterroso

Hace unos años dediqué media docena de páginas a analizar esa microficción en la revista *Biblioteca* (Nº 2, 1994) de la Biblioteca Nacional. A esas páginas remito para que se puedan apreciar varios niveles interpretativos, hasta una versión politizada de *El dinosaurio*, que halla sustituto en el dictador nicaragüense: “*Cuando Nicaragua despertó, Somoza todavía estaba allí*”.

Falto de espacio, que

siempre es inicuo, sugiero la lectura de una tercera pieza: *La tarde del dinosaurio* de la escritora uruguaya Cristina Peri Rossi, publicada en 1976 y recogida en un libro del mismo título. Pase una hora lectiva junto a *La Bestia*.

Cuando muchachos leíamos con sobrealiento las aventuras expuestas por el padre literario de Sherlock Holmes, quien se hizo espacio, abandonando a su héroe, para escribir el citado *El mundo perdido*. La búsqueda de la Tierra de Mapple White, por las altas mesetas de Amazonia y el hallazgo de aquel enorme tazón natural con bordes de basalto vertical que, en su interior preservaba todo un ecosistema con flora, fauna y homínidos de épocas pretéritas. Un verdadero enclave prehistórico en uno de los cientos de brazos del Amazonas, que había permanecido intocado y preservado en su condición original. La expedición riesgosa, encabezada por un sabio zoólogo, ex Presidente de la Sociedad de Paleontología, del Departamento de Antropología Comparada, orlado en los congresos de su especialidad, pero, finalmente, marginado por las academias a las cuales perteneció: el doctor George Edward Challenger. Flanqueado por un colega desafiante y desconfiado –como siempre–, pero honesto a carta cabal –como pocas veces se da–, ortodoxo en sus saberes y teorías: el profesor Summerlee. Y, para terciar en las disputas, el atlético y viajero infatigable, lord John Roxton. Van allá juntos “*el cambio, la alteración, la mutación*” y la inercia teórica encarnadas. Pero olvidaba una figura curiosa por su género para entonces: un periodista científico, el narrador Edward Malone, preocupado por leer la bibliografía elemental, manejar la jerga paleontológica y acudir a simposios de la especialidad para luego, procurar escribir paladinamente. La empresa del periodista no era

más segura que la de los buscadores de la tierra de Mapple White. El agresivo, arbitrario y talentoso Challenger –imagen del sabio excéntrico en la literatura de la época– conduce el grupo hasta dicha hoya: “un criadero de pterodáctilos, de iguanodontes, dinosaurios y otras criaturas vecinas” era mesozoica. Para destacar el valor aguerrido del científico, escribe despiadadamente Conan Doyle: “Era el suyo el valor que sostuvo a Darwin entre los gauchos de la Argentina y a Wallace entre los cazadores de cabeza de Malasia” (cap. 8). Bueno, bueno, mucho va de unos a otros; este error no lo hubiera cometido Verne.

Julio Verne había publicado *Viaje al centro de la Tierra* en 1864, casi medio siglo antes que *El mundo perdido*. Como se recordará, descienden por la boca de un volcán extinguido hasta descubrir un mar subterráneo, guiados por el iracundo profesor Lidenbrock que, a diferencia del sabio de Conan Doyle, biólogo y paleontólogo, el de Verne era geólogo y mineralogista. En las profundidades, en medio de una vegetación lujuriosa, los viajeros asisten a una lucha mortal entre un ictiosaurio y un plesiosaurio.

Viaje al centro de la Tierra y *El mundo perdido* tienen algunos rasgos en común: ambos son ficciones de regresión, es decir, los viajes los llevan a hallar regiones del planeta fijadas en el pasado remoto. En tanto, la mayor parte de las obras de ciencia ficción se inclinaban a las anticipaciones. Lo segundo es que ambas obras se mueven en exploraciones terráneas, en tanto la mayoría se lanzaba a exploraciones planetarias y siderales. En ambos casos la novedad es lo paleontológico, con su fauna peculiar perviviente.

En síntesis, podrían señalarse tres vías para acceder al mundo antediluviano en la literatura. Una es la elegida por Conan Doyle: una expedición a un remoto sitio del mundo que es una reserva viva de la fauna

primitiva. Una segunda vía es la que propone *Parque jurásico* de Crichton: la ciencia del hombre repone la vida antediluviana creando el sistema ecológico adecuado y regenerando la fauna a partir de restos biológicos. La tercera modalidad es la invasión de los saurios en nuestro mundo cotidiano. Quiero rescatar aquí un curioso testimonio ficcional –literario y gráfico– obra de quien firma *Julio Verde*, burlón seudónimo de un autor, aún inmaduro para este tipo de ficciones. Me refiero al texto titulado *La prisión del naturalista R. S. – Buenos Aires invadido por animales antediluvianos*, que recogí de una popularísima revista argentina de principios de siglo, *Papel y Tinta* (a. I, nº 3, 29 de agosto de 1907, pp. 62-65), que el lector podrá conocer al cabo de estas líneas. Pocos son los exploradores que visitan este tipo de publicaciones. La historia humorística es la de un paleontólogo preocupado por la estabilidad de su cátedra universitaria (hoy, como ayer, el texto de 1907 es actualísimo). Al enterarse de su confirmación festeja el hecho con un buen *chianti*. Desde ese momento, el sobrio paleontólogo comienza a ver la ciudad invadida por la fauna mesozoica. Una prueba de que cada cual ve el mundo poblado de aquello que lo obsede, o es de su especialidad. Un enorme dinosaurio apoya sus patas delanteras, en la Casa Rosada; un par de pterodáctilos abren sus alas sobre el edificio del Congreso en construcción; y así continúa la invasión. Igualmente graciosa resulta la inclusión de algún animal de la mitología fantástica conviviendo con la fauna antediluviana y la grafía que emplea el autor para algunas palabras.

La composición de las ilustraciones está bastante bien lograda, trucando con sobreposición fotografía real y dibujo de los saurios. No le pidamos más al ilustrador anónimo que bastante bien ha solucionado la situación. De

igual manera, no podemos comparar las versiones fílmicas de *El mundo perdido* o *Viaje al centro de la Tierra* con *Jurassic Park*. En aquellos, los enormes saurios se desplazan con movimientos espasmódicos y desarticulados, operan como envarados y no son convincentes. Frente a ellos, la maestría de Steven Spielberg en el manejo de los efectos especiales, hace del film una sucesión sobrecogedora de imágenes que nos infunden terror y angustia sin respiro. Mucho va de uno a otro. Situémonos frente a este aporte ilustrativo que en 1907 un argentino ignoto adelantó para los lectores de *Papel y Tinta*, con toda la verosimilitud que le fue posible. Y con ello, produjo la primera invasión de fauna mesozoica en Buenos Aires. ¿Habrán quedado, sobreviviendo en el tiempo, descendientes de aquellos dinosaurios en la Casa de Gobierno, en el Parlamento y en la Curia?

¿Quién es R. S.?

Bajo las iniciales R. S., correspondientes al protagonista del relato *La prisión del naturalista*, publicado en *Papel y Tinta*, que a continuación se transcribe, ¿se alude a alguien en particular? El paleontólogo por antonomasia, en la Argentina de esa época, era, es obvio, Florentino Ameghino. En algún lugar de la narración se mencionan actividades de extensión universitaria. Pues bien, Ameghino dictó en 1904 un curso especial sobre *Paleontología argentina*, para profesores de ciencias naturales de los institutos de enseñanza normal y secundaria de la Argentina. Pero es claro que *Julio Verde* no podía poner F. A. (¡era demasiado obvio!). Entonces, se me ocurre que puede aludir a un íntimo amigo de Ameghino: Rodolfo Senet (1872-1938), psicólogo, pedagogo y filósofo positivista, amante de la paleontología y autor de obras de divulgación sobre estos temas. Otra posibilidad es que *Julio Verde* haya invertido las iniciales de Santiago Roth, naturalista muy conocido por esa época.

G. J. Scillato-Yané

* Doctor en Letras de la Universidad Nacional de La Plata. Profesor Titular de Literatura Argentina. Miembro de la Academia Argentina de Letras; investigador del CONICET.

LA PRISION DEL NATURALISTA R. S.

BUENOS AIRES INVADIDO POR ANIMALES ANTEDILUVIANOS

La semana pasada, fué detenido en la Avenida de Mayo, el conocido naturalista R. S., cuyos gritos y ademanes extraños, atrajeron la atención de un agente, que procedió á detenerlo creyéndolo demente.

Conducido á la comisaría seccional, se negó terminantemente á responder al interrogatorio. Su palidez, la contracción de su rostro, el extravismo de la mirada denunciaban á ciencia cierta su interna turbación.

De tiempo en tiempo pasaba su mano con ademán nervioso por la frente, articulaba varios sonidos sin relación y volvía á sumirse en un mutismo de estátua.

Dada su condición, se le guardaron especiales consideraciones. Llamado con urgencia el médico de policía, lo examinó detenidamente y ante la incógnita, ordenó como única providencia un baño frío y descanso.

El baño pareció calmarlo. Durmió durante todo el resto de la noche y gran parte de la mañana. Al despertarse se hallaba de nuevo en su estado normal. Manifestó su extrañeza de encontrarse en

la sala de la comisaría, pues no recordaba nada del día anterior, á no ser que había almorzado con un compañero de magisterio, festejando haberse producido el decreto del ministro, sin hacer naufragar la débil barquilla de sus cátedras.

Se le dieron algunos detalles de su extraña actitud del día anterior y entonces comenzó á recordar, vagamente primero, con mayor lucidez luego.

Terminado el almuerzo que había sido abundante y copiosamente rociado con un vinillo chianti, de sabor incitante, se habían despedido con su co-leza en la calle San Martín, para dirigirse á la casa de gobierno.

Al entrar en la plaza de Mayo, vió ante sus ojos un espectáculo inusitado. Un enorme dinosaurio, con las patas delanteras sobre la azotea del Palacio de Gobierno, miraba con aire de estúpido asombro, la ciudad.

R. S. no podía equivocarse: era un dinosaurio de verdad. ¡Equivocarse á!, especialista en paleontolo-





zia, que durante el almuerzo había discutido con honda erudición, sobre el diámetro probable de los huevos del enorme reptil prehistórico...

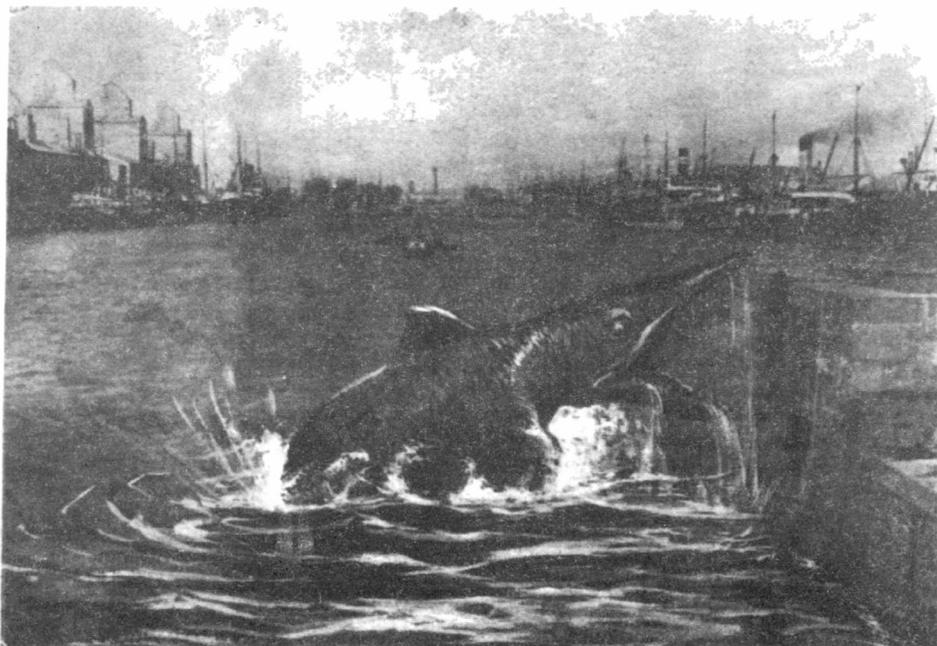
Pero le llamó la atención la indiferencia de las gentes, que continuaban su marcha, preocupados en sus asuntos: evidentemente los habitantes Buenos Aires estaban muy ocupados!

Se detuvo y meditó. El dinosaurio era un animal inofensivo, que se nutría con vegetales fluviales y cuya dentadura a lo sumo podría servirle para masticar pesciños: todas esas gentes habían seguramente razonado como él. ¿Para algo debían de servir los cursos de extensión universitaria.

Convencido de su labor civilizadora, se olvidó de que debía ir al ministerio y tomando el tranvía de la calle Victoria, se dirigió meditando, á casa de un amigo á quien pensaba comunicar el descubrimiento.

Descendió en la calle Entre Ríos. ¡Horror! Sobre el palacio del congreso en construcción, agitando sus enormes alas negras varios terodáctiles. Los reconoció sin esfuerzo. Sus alas de más de siete metros, á modo de gigantescos paraguas, cubrían de sombra la fábrica. Al plegarse tenían sonoridades extrañas: su respiración fatigosa semejaba un fuelle en acción.

La gente continuaba su marcha. ¡Aquello ya era por demás! Se tur-



hó, sintió la sangre agolparse en el rostro, se le doblaron las piernas.

Tomó un coche y ordenó que arrancara á escape, rumbo á la Plaza de Mayo, para convencerse que no había soñado. Llegó y... ya no eran sólo los dinosaurios los aparecidos. Un colosal brotosauuro, se había trepado á la histórica columna de Mayo, con la agilidad de una ardilla. El engañoso reboque que simulaba mármol, caía hecho polvo, caían los ornamentos, y la estatua toda, amenazaba caerse y estrellarse en mil pedazos.

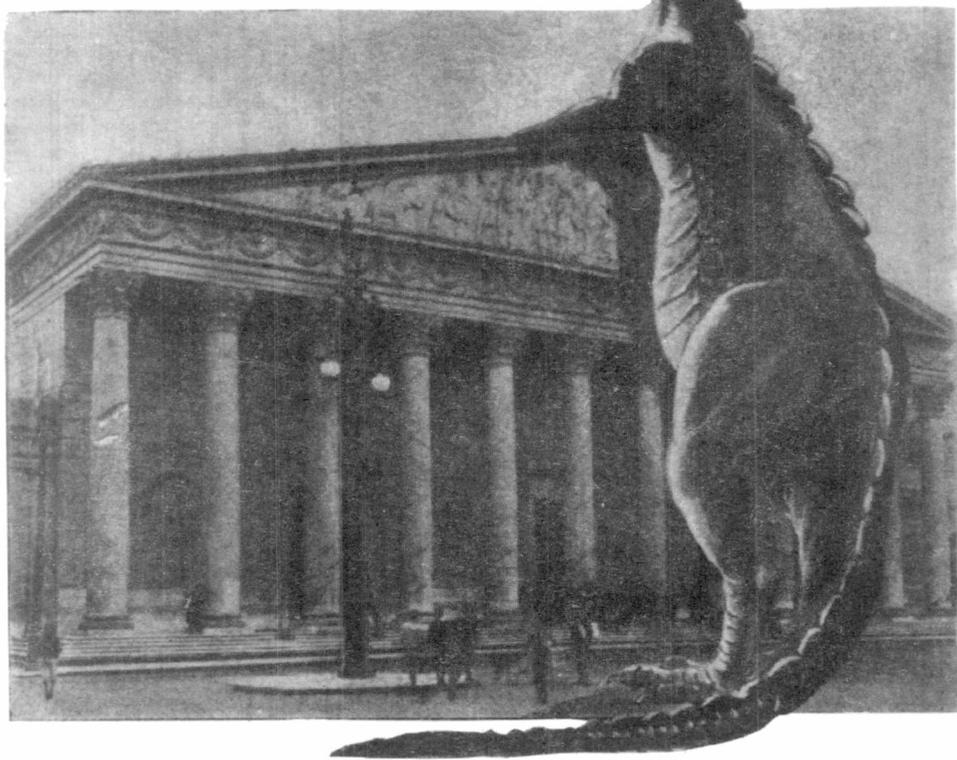
No pudo más. Se dejó caer en un banco, se desprendió el chaleco y con ojos atónitos contempló al monstruo, que á su vez clavó los ojos en él, con expresión cansada.

Casi huyendo atravesó la plaza, llamó á un transeunte y lo interrogó:

—¿Qué opina Vd. de esto?—y señaló la Casa Rosada y la Plaza.

—Yo nada, contestó sonriente el otro, seguro de habérselas con un desequilibrado y siguió su camino.

Corrió entonces en dirección á la dársena. La brisa fresca de la tarde le aliviaba.



Se detuvo en un bar, donde pidió un whisky, que apuró de un sólo sorbo; luego otro y otro.

Tambaleando, emprendió de nuevo su camino. Recorrió el trayecto que separa los pintorescos baldíos y la dársena, y entró en el dique número 4. No pudo abogar un grito: En las aguas del dique se agitaba entre negrucas espumas un ichtyosauuro, cuya boca hubiera podido sin esfuerzo engullirse á un mamelucador.

Entonces ya no hubo lugar en que no viera algún animal de las eras pasadas, llenando con su mole el espacio, apantando con su olor, horripilando con su vista gigantesca y fantástica.

En la plaza de Mayo continuaban los dinosau-

ros y brontosauros. Este último había cambiado de posición y en unión de otro de doble tamaño, tomaba el sol en la azotea de la catedral.

¡Un brontosauuro que mide cuarenta metros de largo y que pesa ochenta mil kilos!

A sus gritos, acudieron de los cuatro puntos getes, que con asombro oían sus palabras.

La policía, como de costumbre llegó la última, pero como más vale tarde que nunca...

—Agente, agente mire, mire, no tardará en hundirse. Son 80.000, 80.000 kilos...

—Pero ande?

—;¿Cómo ande! gritaba, allí sobre la catedral. ¿No ve usted? ¿No ven ustedes al horrible bro-



tosaur, que con sus 80.000 kilos hundirá a nuestro primer monumento religioso!

—Vd. está mal, señor, dijo con toda pachorra el digno representante policial. *¡Siga le digo!*

—¿Esta es policía? ¿Qué ha de ser! Una policía que deja transitar libremente a los minotauros, a los brotosaur, a los ichigosaur...

—; Repita! contestó el agente rojo de ira.

Pero R. S. continuó:

—; Pero cuando piensan Vds. tomar medidas? Cuando el estegosaur se posesione del bosque de Palermo? Cuando el ficelosaur, esa foca gigante llene las dársenas? Cuando aparezcan escuadrones de minotauros, escuadras de ceratosaur, de milodones, de...

La paciencia del agente se había agotado. Por última vez le intimó, pero inútilmente.

— ¿He de callarme? — gritaba — ¿Sería eso de patriota? ¿Claudicar cuando Buenos Aires, la hermosa ciudad del Plata, la Nueva Atenas, va a sucumbir bajo el peso de una invasión antilluviana! ; Nunca! ; No, nunca!

Aquello era por demás. El agente procedió y a buenas ó a malas lo condujo hasta la comisaría seccional, donde, como hemos visto, se encontró con sorpresa al día siguiente.

Ast R. S., erudito paleontólogo, fué detenido por primera vez en su vida, por escándalo y falta de respeto a la autoridad, de cuyos delitos tenía la culpa el viñillo Chianti de insitante sabor y color rojo...

Julio Verde...



Estacionamiento privado
Tel: 422-8839
Calle 10 N° 720
(46 y 47)

Envíos de
comidas a
domicilio
sin cargo



Tel: 483-3653
Plaza Paso N° 146
(13 y 44)